

Analice la oposición degradación moral/engrandecimiento público del protagonista en *La muerte de Artemio Cruz*.

Agio, corrupción, soborno, calumnia desde la tribuna privilegiada de su periódico, extorsión, ataque a las clases menos privilegiadas: trabajadores e indios, a todo llega el revolucionario Artemio Cruz a medida que se va alejando de aquella juventud y aquellos ideales de partida.

El escaso bagaje con que su maestro Sebastián lo empujó a la Revolución: leer, escribir y odiar a los curas, fue quedando arrumbado por sus experiencias humanas que lo llevarían por los mismos caminos de los que en principio abominaba.

Estas experiencias comienzan en Regina, su primer amor, que lo acompañaría como una herida dulce a la que acogerse en muchas ocasiones, luego vendría su primer gran trauma —de la vida adulta, pues siendo adolescente había matado a su tío con una escopeta—, la cobardía en el combate y la muerte por su abandono del Soldado sin Nombre, y la casi simultánea muerte de Regina y su alocada y valerosa venganza. A ellos, principalmente, se referirá Artemio cuando repite su letanía: “Ellos mueren para que yo viva”. Lema que acuña con perfección la trayectoria vital de Artemio Cruz, alimentándose con la muerte y el sufrimiento de los demás ya desde sus primeros pasos, aprovechando la muerte de Gonzalo Bernal.

La dualidad cobardía-valor es una de las muchas que configuran su atormentada personalidad. Mezcla de contrarios, juego de espejos que jalonan la narración, escenificados por el autor en esa trilogía de personas, pronombres y tiempos narrativos: yo-presente, tú-futuro y él-pasado, tres caras de un prisma llamado Artemio Cruz que se va deteriorando moralmente en la misma medida que va escalando la pirámide social.

Quizá el punto de inflexión de su visión del mundo y su idealización de la lucha revolucionaria haya que buscarlo en su prisión y encuentro con Gonzalo Bernal. Éste, mártir de una causa nihilista y perdida, que acoge con indolencia la traición de aquellos por los que luchaba, le habla de la desproporción de unas revoluciones que antes se hacían para elevar a todos los hombres y no a uno solo. Quizá le convenza de la inutilidad de sacrificar la vida antes de cumplir los treinta, un sacrificio al que Gonzalo se ha lanzado por orden de su presidente, sabiendo que lo envía a la muerte, aunque en su caso considera que ha tenido una vida de hombre, no como Artemio Cruz, él ha tenido mujer e hijo, se ha instruido y ha madurado sus lecturas hasta llegar a desengañarse de tal forma que no le importa el cercano paredón.

Su petición-deseo de que alguien visite a su familia para llevarles sus últimas palabras es la plataforma que usará Artemio para su lanzamiento como hacendado y caudillo, explotador de nuevo cuño, como aquellos que quería erradicar la Revolución en la que dio sus primeros y lejanos pasos.

Su rodar por la ladera de la degradación continúa en el engaño a los campesinos con la cesión de las peores tierras y el infundirles esperanzas de un reparto más equitativo, que nunca llega, para aprovechar su ayuda en la lucha con otros terratenientes y alcanzar la hegemonía.

Y al mismo tiempo su deseo ardiente por conseguir el amor de su esposa Catalina, un amor que no podrá vencer la iniquidad de sus comienzos y que recuerda el no menos inicuo comienzo de su amor por Regina: la violación en el cuarto de suboficiales.

Sus pasos hacia la riqueza, recién acabada la Revolución, son los que le refiere a Padilla sin ningún pudor: préstamos a corto plazo y alto interés a los campesinos, especulación, compra del diario desde donde difamar a los competidores, etc.

Padilla, esa especie de alter ego juvenil, marxista en sus comienzos, con el que se siente libre para referirle todos sus manejos, con su gran titular: “Artemio Cruz, el nuevo mundo surgido de la guerra civil”.

La degradación moral también se aprecia en sus relaciones amorosas, Regina, a pesar de la violación, enmarcada por las circunstancias pavorosas de una guerra, puede considerarse un amor puro, de entrega total. Un amor que se aprecia en la alocada incursión vengativa y su recuerdo y presencia imborrable durante el resto de su azarosa existencia.

A Catalina no se atreve a decirle que la amó desde la primera vez que la vio, antes incluso de ir a hablar con su padre. Durante años tratará de arreglar su matrimonio, y sólo tras la disputa que supuso el punto de no retorno, va a buscar a la campesina y la instala en la mansión.

Y, otro escalón más abajo, terminar en el amor de conveniencia, de presunción y apariencias que es Leila, amor trofeo que no tiene ya nada de ese sentimiento que en ciertos momentos hubo con las mujeres anteriores.

En su juego de ambigüedad y de dualidades, llega a añorar la limpieza y seguridad de sus vecinos del Norte, ellos tienen claro el Bien y el Mal; él nunca ha podido pensar en blanco y negro, en buenos y malos, en Dios y el Diablo. Su propia crueldad la ve revestida de cierta ternura; su valor, gemelo de su cobardía; su odio,

nacido de su amor y, como colofón de dualidades, toda su vida habrá prometido y contenido su muerte.

Se opondrá a cada individuo porque cada individuo será un obstáculo para alcanzar sus deseos; y esos deseos, que parten de un idealismo revolucionario, se irán pervirtiendo en proporción geométrica a su encumbramiento social. Para llegar a la suma degradación, la de morir odiando a su familia, recelando de que sólo quieran su *plata*, para culminar, patética y grotescamente, comparando la muerte del hijo con sus dolores intestinales.